

DE GUERRERO A MANDATARIO: LA GÉNESIS DE ANDRÉS A. CÁCERES COMO PERSONAJE POLÍTICO PERUANO ENTRE 1881 Y 1886 ¹

*Hugo Pereyra Plasencia
Pontificia Universidad Católica del Perú*

INTRODUCCIÓN

Comenzaré ahora a tratar el tema, referido a la génesis de Andrés A. Cáceres como personaje político peruano entre 1881 y 1886. La historiografía nacional ha exaltado con justicia al gran militar de la Campaña de La Breña de los años 1881 a 1883. No en vano dijo alguna vez Jorge Basadre que, en ese tiempo, “hubo momentos en que pudo decirse que en el Perú no relucía oro de más quilates que la espada de Cáceres”.² En efecto, Cáceres fue el soldado de las increíbles marchas y combates por las serranías peruanas, el líder que hablaba de la Patria, en quechua, a sus soldados y guerrilleros indígenas.

Fue el caudillo que unió bajo la misma bandera, en un país caracterizado por sus divisiones sociales y raciales, al cosmopolita limeño y al rejonero de la puna. Demostró ser un organizador infatigable que sacaba ejércitos de la nada, poniendo en aprietos a las guarniciones chilenas de la Sierra. Fue también un personaje admirado por los rasos y por los desertores enemigos que lo llamaban “El Brujo”. En suma, hablamos de un soldado carismático y dinámico, de un guerrero adelantado a su tiempo, que combinaba el dominio lingüístico y cultural de la tradición andina con los modernos conocimientos militares. Todo esto es cierto y genuino, y se encuentra debidamente sustentado en las fuentes.³

Pero, ¿qué hay del Cáceres político, vale decir del hombre que encabezó y encarnó un poderoso movimiento y corriente de opinión por lo menos desde la segunda mitad de 1883 y que llegó a asumir las riendas del poder del país en más de una ocasión? ¿Cómo y cuándo se gestó este personaje? ¿Bajo qué circunstancias ocurrió este proceso? Esta es la materia de las reflexiones de la presente disertación.

Como referencia personal (que muchas veces son las que realmente explican las cosas), confieso que el primer pensamiento sobre esta materia lo encontré en una revista para maestros, publicada en 1988, que editaba el Instituto Riva-Agüero, llamada precisamente Enseñanza de la Historia. A partir de allí comprendí el auténtico significado de Cáceres como estabilizador del país, luego de la guerra internacional. Comencé a verlo como una suerte de De Gaulle peruano, que dio el crucial impulso inicial para la Reconstrucción. En esta revista para maestros aparecía un pequeño artículo de la Dra. Guerra que se titulaba, escuetamente, Cáceres político. En él encontré la siguiente reflexión:

¹ Ponencia presentada por el Ministro en el Servicio Diplomático de la República Hugo Pereyra Plasencia en la ceremonia de su incorporación como miembro de número de la Academia Nacional de la Historia. Instituto Riva-Agüero, 20 de noviembre de 2013.

² Basadre, Jorge. Historia de la República del Perú. Lima, Empresa Editora El Comercio S.A., 2005, Tomo IX, p. 277.

³ Pereyra Plasencia, Hugo. Andrés A. Cáceres y la Campaña de la Breña (1882-1883). Lima, Asamblea Nacional de Rectores, 2006.

“Cáceres debió morir en Huamachuco» Esta frase afirmativa, dicha por González Prada y corroborada por Basadre, para nosotros debe ir como interrogación. Hay aquí una situación que no puede ignorarse y es la siguiente: la que se presenta debido a la firma del Tratado de Ancón y a la lenta desocupación del país por el ejército chileno. ¿Qué hubiera pasado en el Perú de 1884 sin Cáceres?”⁴

El razonamiento me fascinó, esencialmente porque sacaba a la luz una compleja situación que todos los historiadores, incluso los más grandes, habían ignorado o esquivado. En todo caso, para mí, el tema estaba planteado. Por razones de tiempo, no haré aquí una evocación completa del proceso de formación del Cáceres político. Emplearé, al menos parcialmente, el recurso narrativo, en la línea de lo expresado por el historiador Lawrence Stone:

“Un reconocimiento tardío de la importancia del poder, de las decisiones políticas personales por parte de los individuos [...], ha obligado a algunos historiadores a volver a la modalidad narrativa, sea que lo quieran o no. Para emplear la terminología de Maquiavelo, no es posible tratar acerca de la virtud ni de la fortuna si no es de una forma narrativa, o incluso anecdótica, ya que la primera es un atributo humano, mientras que la segunda es un accidente feliz o desafortunado.”⁵

Por otro lado, la escasez de investigaciones y de reflexiones historiográficas sobre el Cáceres político ha hecho imprescindible depender en gran medida de fuentes primarias para acometer esta investigación. Entre ellas puedo citar periódicos y registros oficiales de la época, epistolarios privados, impresos raros, testimonios de observadores extranjeros, y la famosa recopilación documental chilena de Pascual Ahumada Moreno publicada en el siglo XIX. En cuanto a las grandes obras de investigación, este trabajo ha hecho considerable uso de la Historia de la República del Perú de Jorge Basadre y de la Guerra del Pacífico de Gonzalo Bulnes.

NO FUE ÉL A LA POLÍTICA, SINO ELLA LO BUSCÓ EN SU TIENDA DE CAMPAÑA

Cáceres no había sido un desconocido antes de la Guerra con Chile. Poco antes de su estallido, hasta abril de 1878, se había encargado de la prefectura del departamento del Cusco.⁶ Al frente de este puesto, causó muy buena impresión a la lugareña Clorinda Matto de Turner, futura cacerista y autora de la novela *Aves sin Nido*. La escritora vio en Cáceres un innato sentido político.⁷ El desempeño valiente y profesional de Cáceres durante las campañas del Sur, particularmente en las batallas de Tarapacá y de Tacna, tuvieron amplia resonancia en la opinión pública⁸

Un informe reservado del tiempo de la guerra, totalmente ajeno a las pasiones políticas peruanas, debido a la pluma del observador militar británico Reginald Carey Brenton, habla

4 Guerra Martinière, Margarita. Cáceres Político. En: Enseñanza de la Historia Nro. 13. Lima, Instituto Riva-Agüero, 1988, pp. 11 y siguientes.

5 Stone, Lawrence. El pasado y el presente. México, Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 103 y siguientes.

6 Tauro del Pino, Alberto. Breve biografía del mariscal Andrés. A. Cáceres. En: Revista Histórica. Lima, 1981-1982, Tomo XXXIII, p. 60.

7 Matto de Turner, Clorinda. General Andrés Avelino Cáceres. En: Bocetos al lápiz de americanos célebres. Lima, Peter Bacigalupi y Cía., 1889 [1884], tomo I, p. 180.

8 Tauro del Pino, Alberto, op. cit. p. 62.

del espontáneo entusiasmo que despertaba la presencia de Cáceres en diciembre de 1880 y de los vivos al coronel Cáceres que se escuchaban cuando pasaba a caballo por las calles de Lima.⁹ Por otro lado, Zoila Aurora Cáceres recogió de su anciano padre, a comienzos del siglo XX, un recuerdo ambientado el 15 enero de 1881, que hablaba de vivos a Cáceres oídos en los extramuros de la ciudad en el aciago atardecer de la batalla de Miraflores, dos días antes del ingreso de los chilenos en Lima.¹⁰

Que quede claro que estamos hablando todavía de fama como militar. En abril de 1881, Cáceres escapó de la Lima ocupada y subió a la Sierra para poner su espada al servicio de Nicolás de Piérola, el dictador que había tenido a su cargo la enorme responsabilidad de la defensa de Lima y que ahora dirigía la resistencia. Piérola lo hizo general de brigada y le dio el mando político y militar del Centro.¹¹ Entonces —es preciso subrayarlo— Cáceres tenía clara conciencia de su rol subordinado al poder político.

¿Y cuándo fue que la política lo buscó en su tienda de campaña, según la expresión que Jorge Basadre utilizó en su célebre Efigie de nuestro personaje en la Historia de la República del Perú?¹² Ello ocurrió el 24 de noviembre de 1881. Ese día, mediante un acta, los jefes y oficiales del Ejército del Centro acantonados en el Cuartel General de Chosica, acordaron desconocer la autoridad de Piérola y también “proclamar [...] Jefe Supremo de la Nación al Benemérito señor General Don Andrés A. Cáceres” Entre los firmantes del acta se encontraban algunos nombres que resonarían en tiempos posteriores del Segundo Militarismo (1884-1895), como el de Remigio Morales Bermúdez.¹³

Este episodio ocurría dentro de un contexto nacional muy concreto: sostenido por la esperanza de una ayuda de los Estados Unidos para conseguir una paz sin cesión territorial (que a la postre fue ilusa), el gobierno rival de Piérola en Lima, encabezado por el abogado civilista Francisco García Calderón, había impuesto su autoridad en el Sur y el Norte del país, mientras en el Centro Cáceres se mantenía aún leal a Piérola. Ese mismo día 24 de noviembre, Cáceres emitió una Proclama donde expresaba que continuaría cumpliendo su deber “con la misma investidura” de Jefe Superior del Centro, y manifestaba también no estar dispuesto a ceder “a las seducciones del poder, que no [...] aceptaré sino bajo el sello de una consagración popular.”¹⁴ El episodio de Chosica, que entrañó la primera proclamación de Cáceres como Presidente, se convertiría, muchos años después, en un episodio focal y casi ritual en tiempos del Segundo Militarismo, a partir del primer gobierno constitucional de Cáceres (1886-1890). De hecho, Chosica fue un lugar favorito para los banquetes del futuro Partido Constitucional cacerista.¹⁵

9 Wu Brading, Celia. Testimonios británicos de la ocupación chilena de Lima. Lima, Ed. Milla Batres, 1986, p. 98.

10 Cáceres, Zoila Aurora. La campaña de La Breña. Memorias del Mariscal del Perú D. Andrés A. Cáceres. Lima, Imprenta Americana, 1921, p. 105.

11 *Ibidem*, pp. 155 y siguientes.

12 Basadre, Jorge, op. cit. Tomo IX, p. 278.

13 Cáceres, Andrés A. Memoria que el Jefe Superior, Político y Militar de los departamentos del Centro, general de brigada D. Andrés Avelino Cáceres, presenta al Supremo Gobierno, por el período de tiempo que desempeña ese cargo, que le fue conferido en 25 de abril de 1881. Ayacucho, Imp. del Estado por Julián Pérez, 1883, pp. 94 y siguientes.

14 Cáceres, Andrés, 1883, op. cit. p. 98; Ahumada Moreno, Pascual. Guerra del Pacífico. Recopilación completa de todos los documentos oficiales, correspondencias y demás publicaciones referentes a la guerra que ha dado a luz la prensa de Chile, Perú y Bolivia, conteniendo documentos inéditos de importancia. Valparaíso, Imprenta y Librería Americana de Federico T. Lathrop, 1889, Tomo VI, p. 296.

15 Pereyra Plasencia, Hugo, op. cit. p. 249.

Con mucha franqueza, Cáceres había expresado en carta a Piérola del 4 de noviembre de 1881 su preocupación sobre el inminente desmoronamiento del régimen dictatorial. El día de los sucesos de Chosica, pese a que desconfiaba entonces profundamente del régimen de La Magdalena, y presionado por las circunstancias, Cáceres optó por dar el paso de dirigir a Piérola una carta que el futuro Califa conservaría, con aparente rencor entre sus papeles hasta su muerte en el siglo XX. Decía Cáceres a Piérola que “creía entrever una coyuntura propicia para que V.E. inspirándose en los sentimientos patrióticos que le distinguen [...] haga suelta del poder...”¹⁶ Abandonado por las fuerzas del Norte, del Sur, y ahora finalmente del Centro, Piérola dimitió en Tarma el 28 de noviembre de 1881, en términos que no dejaban de transparentar amargura.¹⁷

En los agitados días que comentamos, los invasores ya estaban de sobra convencidos de que el gobierno de La Magdalena no les iba a resultar útil en sus propósitos de obtener una paz con cesión territorial. El 6 de noviembre de 1881, poco más de dos semanas antes del pronunciamiento de Chosica, los chilenos habían tomado prisionero en Lima al presidente García Calderón a quien posteriormente deportaron a Chile. Fue reemplazado por el Vicepresidente Lizardo Montero, quien entonces se encontraba en Cajamarca.¹⁸

Desde fines de noviembre o comienzos de diciembre de 1881, presa todavía de dudas sobre la legitimidad del gobierno de La Magdalena, Cáceres había estado difundiendo su idea de formar una Junta de Gobierno para ocuparse del poder. También se dirigió en términos parecidos al Ministro Plenipotenciario de los Estados Unidos en Lima, Stephen Hurlbut, personalidad clave de esos días, quien le respondió el 11 de diciembre de 1881 señalándole que la idea de una Junta le parecía “impracticable”. Hurlbut lo instaba a adherirse al gobierno de La Magdalena, ya reconocido por los Estados Unidos. Cáceres dio el paso de reconocer al régimen de Montero el 24 de enero de 1882, lo que completó, en ese momento, la reunificación política del Perú.¹⁹

Piérola, hombre de ego descomunal, no parece haber perdonado nunca a Cáceres su decisión de desconocer su autoridad, ni mucho menos la de plegarse posteriormente al régimen de La Magdalena. De hecho, este episodio de aproximadamente dos meses de duración, en el tránsito entre los años 1881 y 1882, fue el origen de una larga disputa personal que se prolongó, ya en el campo político, hasta inicios del siglo XX. En esos días de la guerra, la hostilidad de Piérola y de sus partidarios proporcionó más de un desengaño y obstáculo a Cáceres en la escena militar.²⁰

IRRUPCIÓN DE CÁCERES EN LA “PINTURA GRANDE” DE LA VIDA POLÍTICA Y DE LA OPINIÓN PÚBLICA NACIONAL E INTERNACIONAL ENTRE 1882 Y 1883

El salto real de Cáceres hacia el poder supremo se fundamentó en su extraordinario papel como líder efectivo de la resistencia nacional al invasor entre 1882 y 1883. Entre febrero y

16 Guzmán Palomino, Luis. Cáceres y La Breña. Compendio Histórico y Colección Documental. Lima, Orden de la Legión Mariscal Cáceres y Universidad Alas Peruanas, 2000, pp. 186 y siguientes.

17 Basadre, Jorge, op. cit. Tomo IX, p. 197.

18 Basadre, Jorge, op. cit. pp. 190-192; Bulnes, Gonzalo. Guerra del Pacífico. Santiago de Chile, Editorial del Pacífico S.A., 1955 [1919], Volumen III, pp. 71-73.

19 Ahumada Moreno, Pascual, op. cit., 1889, Tomo, VI, pp. 346, 444 y siguientes.

20 Cáceres, Andrés, op. cit. pp. 31-33; 75-93.

julio de 1882 tuvieron lugar los acontecimientos más brillantes de la campaña de La Breña, que terminaron de consolidar la fama de Cáceres, especialmente entre los chilenos, como el más importante de los jefes militares peruanos. En ese período la división chilena del coronel Estanislao del Canto fue expulsada de la Sierra Central. Esta etapa iba a durar hasta mayo del año siguiente, cuando las fuerzas de Cáceres debieron retirarse desde Tarma hacia el Norte, en el inicio de la campaña que culminó con el desastre de Huamachuco del 10 de julio de 1883.²¹

A lo largo de toda esta etapa de gloria y de sacrificios sin límites, y como aparece en forma tan clara en su correspondencia personal, Cáceres mantuvo absoluta lealtad al gobierno encabezado por Montero, quien estableció su gobierno en Arequipa a fines de agosto de 1882. Aunque no dejó de emitir opiniones políticas en forma confidencial, Cáceres se concentró con extraordinario brillo en sus labores militares. Según este punto de vista, recuerda un poco más —sin ser por ello idéntico— al viejo militar profesional leal a Manuel Pardo, a Mariano Ignacio Prado y a Piérola.

En su correspondencia, Cáceres repite una y otra vez que las divisiones y los odios partidarios habían sido la ruina del Perú. Cáceres también era un guerrero moderno, que no concebía la lucha fuera de un marco de legitimidad estatal y nacional, y a quien sin duda horrorizaba el uso de las armas para sostener intereses políticos o económicos personales, o miopes caciquismos de patria chica, como era tan frecuente en esa época.

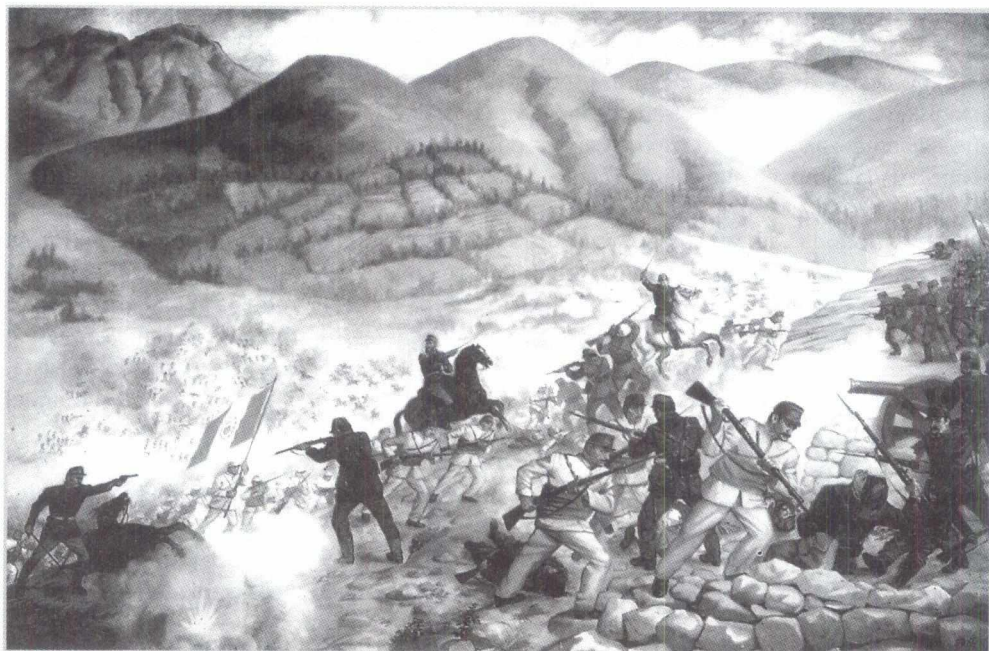
Desde octubre de 1882, cuando tomó conocimiento del Grito de Montán de Miguel Iglesias, que invocó a hacer la paz con Chile aún a cambio de la cesión de territorios, respaldó con la mayor energía al régimen de Arequipa contra los “rebeldes de Cajamarca” que, a su entender —según lo manifestó en un documento de marzo de 1883—, habían dividido al Perú (en clásica expresión) “como a otra Cartago”. Esta actitud de apoyo a Montero no se modificó ni siquiera en los angustiosos días que precedieron a la caída de Arequipa, cuando Cáceres consideró la posibilidad de desplazarse a la ciudad sureña para intervenir personalmente, cosa que al final no alcanzó a hacer, no se sabe si por su férrea lealtad a Montero, por no querer abandonar sus responsabilidades como Jefe Superior del Centro, o por falta de tiempo para actuar.

La angustiosa carta que Cáceres dirigió el 15 de octubre de 1883 a Antonio Miró Quesada, desde Andahuaylas es más que elocuente para ilustrar su pensamiento político y su disposición a continuar la lucha, pero también para describir el desorden que reinaba en esos días en el país y la increíble desconfianza que los asesores de Montero mostraban frente al honesto caudillo ayacuchano, basada en consideraciones de celos de poder, incluso en esos momentos terribles.²²

La carta de Cáceres a Miró Quesada habla entre otras cosas de las “publicaciones de los chilenos” referidas a la batalla de Huamachuco. La mención es muy relevante porque los medios chilenos no sólo fueron los primeros en informar a la población peruana sobre esta acción de armas sino también, como lo sugiere en forma elegante la mencionada carta, difundieron noticias muy claras sobre el valor peruano que brilló en Huamachuco, pese a ser fuentes enemigas. Esta circunstancia parece haber impresionado mucho a la opinión

21 Basadre, Jorge, op. cit. Tomo IX, pp. 211-225, 260-271; Bulnes, Gonzalo, op. cit. pp. 141-167, 228-259.

22 Miró Quesada Sosa, Aurelio. El Comercio en la Guerra del Pacífico. En: Revista Histórica, Lima, 1979-1980, Tomo XXXII pp. 168-170; Pereyra Plasencia, Hugo, op. cit. pp. 442-444.



Batalla de Huamachuco

pública peruana, al punto de sospecharse que marcó el inicio más remoto de la trayectoria de Cáceres como líder político, porque le generó una enorme popularidad. De hecho, en la misma misiva, al referirse a la inacción del gobierno de Arequipa que lo espantaba, Cáceres señalaba que “el descontento es grande, y a este respecto me escriben de todas partes de la República.”²³

Teniendo en cuenta que la noticias chilenas de la batalla de Huamachuco comenzaron a circular en Lima el 18 y en Arequipa el 22 de julio de 1883, no resulta, pues, en absoluto extraño que Cáceres haya sido recibido como un Alcibíades del Perú cuando regresó a su ciudad natal el 10 de agosto de 1883, exactamente a un mes del desastre.²⁴ No cabe duda de que el salto a la arena política propiamente dicha era sólo cuestión tiempo.

Los chilenos entraron a la Ciudad Blanca en la noche del 29 de octubre de 1883.²⁵ Montero abandonó Arequipa y huyó a Puno. No hay claridad sobre el momento en que llegó a manos de Cáceres la comunicación oficial que Montero suscribió “a bordo del «Yavarí» en Puno”, en el Lago Titicaca, el 28 de octubre de 1883, encargando a Cáceres el mando supremo en su calidad de segundo vicepresidente.²⁶ Montero partió a Bolivia y luego a la Argentina y se

23 Pereyra Plasencia, Hugo, op. cit. pp. 442, 444.

24 Ibídem, p. 225.

25 Nieto Vélez S.J., Armando. Vicisitudes del gobierno provisional de Arequipa (1882-1883). En: Revista Histórica, Lima, 1979-1980, Tomo XXXII, p. 110.

26 Ahumada Moreno, Pascual. Guerra del Pacífico. Recopilación completa de todos los documentos oficiales, correspondencias y demás publicaciones referentes a la guerra que ha dado a luz la prensa de Chile, Perú y Bolivia, conteniendo documentos inéditos de importancia. Valparaíso, Librería del Mercurio de Recaredo S. Tomero, Valparaíso, Tomo VIII, 1891, 1891, Tomo VIII, p. 365.

alejó de la guerra.²⁷ Cáceres se encontraba entonces en Ayacucho, manifestando rebeldía ante Iglesias, quien ya había establecido su gobierno en Lima luego de la suscripción del Tratado de Ancón. Esta posición aparece muy clara en una carta que Cáceres dirigió al caudillo cajamarquino desde Ayacucho, el 29 de diciembre de 1883.²⁸

Con relación a la comunicación de Montero, por segunda vez, dos años después de habersele ofrecido el poder supremo en Chosica, éste llegaba de nuevo a las manos de Cáceres sin que lo hubiera solicitado, y ahora bajo circunstancias perentorias y en medio de una popularidad nacional que comenzaba a crecer. Por segunda vez lo rehusó en los hechos, aferrándose a su Jefatura Superior del Centro. Aunque es una licencia que el historiador podría permitirse para graficar este desgarrador momento de la historia peruana, no es descabellado imaginar a Cáceres, en la soledad de su solar natal en Ayacucho, sosteniendo entre sus manos la comunicación oficial de Montero donde le encargaba el poder supremo, con el alma devastada por la tristeza, en un tiempo en que muchos hablaban en forma descorazonada del hundimiento del Perú.

¿CUÁNDO Y CÓMO NACIÓ EL “CACERISMO”?

Cáceres permaneció durante esos días en su ciudad natal en una especie de retorno balsámico a sus orígenes telúricos y familiares en medio de tanta desolación y confusión. El año 1884 comenzó, en efecto, bajo terribles augurios. La Sierra, especialmente la región central, se encontraba en total desorden desde los últimos meses de 1883 y dominada por muchos guerrilleros hostiles a los pobladores blancos y mestizos, fuesen colaboracionistas o no. Por otro lado, ansiosa de acabar con las penurias de la guerra y de la ocupación, una parte de la opinión pública respaldaba a Iglesias. Debido a la devastación del país, ya no quedaba ni siquiera la esperanza en una posibilidad viable y efectiva de resistencia frente a los invasores.

Pese a la suscripción del Tratado de Ancón y a su prevista aprobación, corrían alarmantes rumores sobre la posibilidad de una subyugación permanente del Perú a Chile, que no por exagerados o inexactos dejaban de tener un efecto devastador sobre el ánimo de la población. Masas populares sobrevivían abatidas por la pobreza y por la destrucción de la guerra en casi todo el territorio nacional. Para colmo de males, y como un puntillazo a la frágil situación económica, ni siquiera el clima se mostraba propicio en esos primeros meses de 1884: entre febrero y marzo, lo que era al parecer un Niño hizo crecer en forma amenazante las aguas del Chira y “huracanes e inundaciones” afectaron a Arequipa. En Lima, Cáceres era injustamente tildado de irresponsable, rebelde y caprichoso, debido a su negativa a someterse a Iglesias.

Como una forma de contrarrestar el predominio de los medios iglesistas, en enero de 1884 apareció en la capital el diario *“La Prensa Libre”*. Se trataba de una publicación propiamente cacerista, probablemente la primera de este tipo que se editó en formato grande.²⁹ Este medio tuvo una breve vida que se prolongó hasta mayo de ese año, cuando fue cerrado por el gobierno. Varios de los periodistas de este diario habían sido connotados colaboradores de Cáceres en las luchas en la Sierra. Entre ellos, destacaban Eduardo Lecca, Manuel Bedoya y Manuel F. Horta.

27 Basadre, Jorge, op. cit. Tomo IX, p. 291

28 Ahumada Moreno, Pascual, op. cit. 1891, Tomo VIII, p. 463; Pereyra Plasencia, Hugo, op. cit. pp. 456-458.

29 Pereyra Plasencia, Hugo, op. cit. p. 228-231.



Cáceres y sus colaboradores

Detengámonos un momento a reflexionar sobre las palabras “cacerismo” y “cacerista”. Ellas habían comenzado a ser utilizadas desde 1883, al comienzo de manera muy esporádica. La gradual utilización de la palabra “cacerismo” reflejaba la también gradual consolidación de una corriente de opinión opuesta al iglesismo y partidaria, al comienzo, de la continuación de la guerra. Posteriormente, luego del desastre de Huamachuco, cuando la guerra ya no se pudo sostener, el cacerismo comenzó a expresar, sobre todo desde los primeros meses de 1884, un claro cuestionamiento del Tratado de Ancón y del régimen que lo había propiciado.

Aparte de Cáceres, desde 1883, el liderazgo cacerista inicial se nutrió de los llamados “breñeros”, vale decir, de los civiles y militares que acompañaron al héroe ayacuchano durante los combates en la Sierra. Citemos en primer lugar a Miguel Lazón, terrateniente ayacuchano que encabezó en noviembre de 1883, como Subprefecto de la provincia de Huanta, la resistencia de los guerrilleros iquichanos contra la expedición chilena del coronel Martiniano Urriola. Lazón será desde entonces un arquetipo de los líderes de este movimiento, hasta su trágica muerte en 1890, en tiempos del Segundo Militarismo.³⁰

Entre fines de 1883 y comienzos de 1884, esta vez en el Norte, destaca otro prototipo cacerista: el cajamarquino José Mercedes Puga, rival tradicional de Iglesias desde antes de la guerra.³¹ La sustancia política y social del cacerismo primigenio fue una combinación de

30 Basadre, Jorge, op. cit. Tomo X, p. 154.

31 Basadre, Jorge, op. cit. Tomo IX, p. 224.

oposición al chilenismo iglesista y de un liderazgo militar situado a medio camino -en una zona gris- entre la actividad militar convencional y el control (o empatía paternalista, según los casos) frente a los campesinos. Finalmente, los breñeros destacaban orgullosos ante la opinión pública el hecho de que nunca se habían rendido ante los chilenos.

¿Tuvo el cacerismo una vinculación clara con el indigenismo? Sería quizá exagerado hablar en estos días de una asociación tan estrecha entre ambos conceptos. No obstante, de lo que no cabe duda alguna es que Cáceres llegó a encarnar, en sus escritos públicos, lo más puro y persistente de la resistencia nacional contra la invasión chilena en la actividad de los guerrilleros indígenas que lo acompañaron en su lucha. Esta exaltación del valor y de la generosidad de sus guerrilleros aparece muy clara en su célebre “Nota al Honorable Cabildo de Ayacucho del 29 de noviembre de 1883”.³² En otro de sus escritos, la “Nota al señor alcalde del Honorable Concejo Provincial de Tayacaja del 3 de diciembre de 1883”, Cáceres se refiere en los siguientes términos a un violento levantamiento campesino que había tenido lugar por esos días:

“No entra en el propósito de este despacho analizar las causas eficientes de la tremenda conmoción de los indígenas, pero sin pretender justificarla no es posible desconocer que ha dado margen a ella, en mucha parte, el carácter dócil y acomodaticio de las clases superiores por su fortuna y posición, carácter que les ha permitido transigir constantemente con los enemigos del país y con los traidores hasta prestarse a firmar actas contra la causa de la defensa nacional. Aunque esta conducta tiene honrosísimas excepciones, que en todo tiempo merecen un aplauso, hay que convenir en que la raza indígena no es tan culpable como se la pinta, careciendo como se carece del ilustrado criterio que es necesario para establecer distinciones; habiendo sido antes de la guerra, como es notorio, por parte de los mestizos y los blancos, objeto de especulaciones clamorosas y despotismo sin nombre [...] Con todo, y resuelto a poner un dique a este desborde peligroso, he dictado ya las más eficaces medidas para evitar en lo sucesivo la repetición de hechos tan lamentables y que vienen, por decirlo así, a recargar de sombras el ya bastante siniestro cuadro de nuestras miserias y desastres.”³³

Salta a la vista la visión social e histórica del problema, pero también el sentido pragmático de búsqueda de orden por parte de Cáceres. No obstante, lo que aquí interesa verdaderamente es saber cuál es el origen de este indigenismo. Ante tantas evidencias de un comportamiento sincero, ver estas líneas como poco auténticas o como simple maniobra política sería algo totalmente mezquino, además de inexacto. Reconociéndola como auténtica, ¿tuvo su origen esta visión en la extraordinaria experiencia que Cáceres comenzó a establecer con los guerrilleros desde los años 1881 y 1882 en la guerra internacional? ¿Es un indigenismo originado en Cáceres o en las ideas liberales y radicales de sus secretarios y asesores?

En una reciente investigación en los archivos cusqueños, el joven y destacado historiador Rodolfo Castro ha tenido el acierto de buscar respuestas a estas preguntas en los documentos

32 Ahumada Moreno, Pascual, op. cit. 1891, Tomo VIII, p. 329; Pereyra Plasencia, Hugo, op. cit. pp. 451-453.

33 Ahumada Moreno, Pascual, ibídem; Pereyra Plasencia, Hugo, op. cit. p. 454 y siguientes.

oficiales firmados por Cáceres como encargado de la Prefectura del Cusco antes de la guerra. Veamos, por ejemplo, la parte central del oficio que el entonces coronel Cáceres dirigió al Subprefecto de la provincia de Quspichanchi, con fecha 30 de enero de 1878, contenido en el Registro Oficial del Cusco del 31 de enero de dicho año, donde se alude a una queja colectiva de varios campesinos del área con relación al “atroz delito de incendio de las chozas de los recurrentes, perpetrado por don Fructuoso Saldívar, hacendado de Lauramarca, y otros delitos no menos graves”:

“Resuelto como estoy a hacer que impere la ley ante el abuso y sean castigados con la severidad necesaria aquellos individuos que prevalidos de su fortuna, hostilizan con bárbara crueldad a los infelices indígenas, debo re-encargarle se muestre escrupuloso en la indagatoria a que me refiero [...] En atención a lo que dejo expuesto, y a que estoy convencido de la ninguna protección que U. prodiga a los infelices indígenas de la provincia de su mando, vuelvo a extrañar como en otra ocasión ya he extrañado su indolencia, digna de una justa censura; pues no debe U. olvidar que la primordial y más sagrada obligación de una autoridad política, es velar por la conservación de las personas y sus intereses; y que los indígenas no forman una fracción distinta de la familia peruana: raza que por lo mismo de encontrarse en el estado de abyección a que inhumanamente se le sujeta, reclama una preferente protección de parte de esas autoridades que han recibido la misión de prestarle todo el auxilio para que salga del estado de ignorancia y miseria a que se halla reducida”.

Es evidente que hay una clara línea de pensamiento entre el prefecto del Cusco de 1878 y el Jefe Superior Político y Militar de los Departamentos del Centro de 1883. La concordancia estilística y hasta de palabras es muy clara. Además de haber podido ser estas expresiones reflejo de una naturaleza compasiva y justiciera, y de la actividad y celo de un empleado público probo, ¿podríamos hablar también de una impronta del liberalismo del tiempo de Ramón Castilla que tanto deslumbró a Cáceres en Ayacucho en 1854, cuando el caudillo tarapaqueño proclamó la abolición del tributo indígena en esa ciudad? ¿Es acaso un eco lejano, pero persistente, de la revolución liberal europea de 1848? En todo caso, estamos hablando de otro rasgo de la modernidad de Cáceres, en un tiempo en que —como puede apreciarse con tanta claridad— había todavía, increíblemente, en los últimos lustros del siglo XIX, una fuerte huella de la vieja división virreinal de indios y blancos en “repúblicas”.

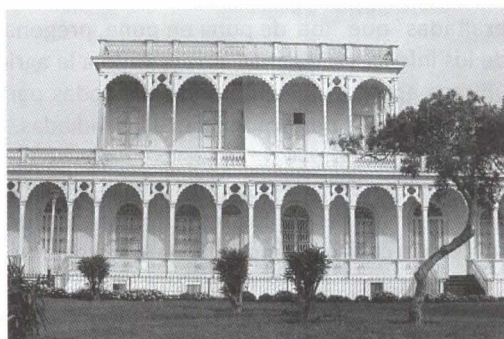
LA GUERRA CIVIL DE 1884-1885 Y EL NACIMIENTO DEL CÁCERES POLÍTICO

Volvamos a los sucesos de la época. Rodeado de un círculo muy pequeño de allegados y de consejeros, entre los que destacaba su secretario y confidente, el coronel Arturo Morales Toledo, Cáceres optó por salir de su refugio ayacuchano, en dirección a Huancayo, un día no precisado de mayo de 1884. Reapareció de modo insólito ante la opinión pública del país con un documento fechado el 6 de junio en Huancayo. Era una Nota al jefe de las fuerzas chilenas en Junín, por medio de la cual —para sorpresa de los invasores— Cáceres aceptaba explícitamente el Tratado de Ancón como hecho consumado. Cáceres manifestaba aquí, por primera vez (sin duda influido por el calor de la popularidad nacional que sentía en torno suyo) su voluntad de tomar las riendas del gobierno para dirigir la reconstrucción del Perú. Decía así:

“En tales circunstancias de aniquilamiento y ruina, el deber y los intereses permanentes del Perú me han obligado a reconocer el referido tratado de paz como un hecho consumado, quedándome por la voluntad manifiesta de los pueblos, la sagrada tarea de reconstruir el Perú sobre las más sólidas bases que afiancen su engrandecimiento y garanticen su porvenir”.

Todo hace pensar que Cáceres buscaba con este gesto eliminar cualquier pretexto para una pronta desocupación del Perú por los chilenos. En el preciso momento en que se decidió a escribir este texto, Cáceres pasó al frío dominio de la política ¿Se le debe reprochar haber dado este salto? En vista del enorme desorden social y político que reinaba en el país, del evidente desprestigio nacional del achilenado régimen de Iglesias y de las grandes esperanzas populares que comenzaban a crecer en torno al héroe de la resistencia para erigir un gobierno auténticamente soberano, lo reprochable habría sido, en verdad, que no hubiera dado este paso, optando por aceptar sumisamente las ofertas de paz que le hacía el régimen de Iglesias y retornar así cómodamente a la vida privada. Por otro lado, si bien Cáceres cedía a la presión popular que lo empujaba a liderar el frente contra Iglesias, lo hacía también, como lo revelan sus propias palabras, con la extrema conciencia de ser un hombre imprescindible.

Si el cacerismo fue en un comienzo partidario de la guerra y opuesto al Tratado de Ancón, había dado ahora, por decisión de su líder, un giro muy claro. La guerra internacional y el rechazo del instrumento de paz habían dejado de ser temas de agenda. Los nuevos temas eran, en primer lugar, la necesidad de poner un freno drástico a los excesos violentos de un sector de los guerrilleros en el Centro y, en estrecha conexión con lo anterior, la organización de fuerzas militares y políticas ante el escenario cada vez más claro de una guerra civil.



Casa donde se firmó el Tratado de Ancón

En un plano más general, Cáceres y su naciente movimiento propugnaban la necesidad de una renovación política para encaminar la Reconstrucción con un gobierno que no tuviera antecedentes de ataduras o de colaboracionismo. De la negativa de Iglesias a convocar a elecciones en el marco de la Constitución de 1860, y de la violencia que comenzó a ejercer sobre sus opositores políticos (especialmente caceristas y civilistas), brotó la decisión de Cáceres que significó su acceso formal a la política: su auto proclamación, en rebeldía frente al régimen de Miguel Iglesias, como Presidente Provisorio de la República el 16 de julio de 1884.

El desorden campesino reclamaba también, por parte de Cáceres, otra dura decisión que el caudillo no tardó en tomar. Ella tuvo lugar poco antes de su auto proclamación como Presidente Provisorio. Influido seguramente por el cariño que tenía a los heroicos guerrilleros que lo habían ayudado en las campañas de 1881 a 1883, hay ciertas evidencias de que Cáceres se había negado inicialmente a aceptar la realidad de la existencia de un sector de guerrilleros que, para la primera mitad de 1884, había ya cruzado la línea roja de la guerra de castas, del crimen abierto y del pillaje. Finalmente, terminó por convencerse. Por medio

de un oficio circular fechado el 26 de junio de 1884, Cáceres anunció a sus jefes guerrilleros el sometimiento y captura de Tomás Laymes y de dos de sus lugartenientes.

Además de acusarlos con pruebas a la mano de insubordinación y de “crímenes y escándalos de todo género”, el documento incluía las siguientes líneas: “Es tiempo ya de que la justicia ejerza su imperio sobre todos; lo mismo para el rico como para el pobre; para el Jefe como para el subalterno”. En un gesto draconiano y opuesto a su manera de ser, pero que fue muy eficaz para restaurar la paz, la unidad y el equilibrio social del Centro y para reafirmar su alianza con los guerrilleros que en forma mayoritaria aceptaban su autoridad, Cáceres dio su visto bueno al inicio de un proceso militar que concluyó con la ejecución de Laymes y sus subordinados en Huncayo, el 2 de julio de 1884.

Al revés de lo que muchas veces se ha dicho, este episodio no significó una ruptura de Cáceres con sus fuerzas guerrilleras campesinas. Es un hecho macizo y debidamente comprobado en las fuentes que la fórmula de combinar un pequeño ejército regular con el masivo apoyo de fuerzas auxiliares guerrilleras, que fue aplicada con tanto éxito en la guerra contra los chilenos, volvió a ser utilizada en la guerra civil, a una escala quizá mayor. En julio de 1885, esta asociación empática entre Cáceres y sus fuerzas campesinas, que fue una de las causas decisivas de su triunfo final en la contienda civil, llegó a ser tan estrecha y preocupante para un temeroso Iglesias que el régimen Regenerador llegó a difundir un Manifiesto, bastante destemplado, donde se retrataba a Cáceres como un “jefe de hordas exaltadas” que “iba de puna en puna, pregonando la guerra de razas, envenenando el alma de los infelices indígenas, arrancando a la agricultura sus últimos brazos y a las familias sus últimos apoyos [...] sembrando por todas partes semilla de odio, pavor y sangre [...] para exaltar, a la voz de comunismo, a las indias...”³⁴

Es evidente que Cáceres no fue nunca, políticamente, ni un radical ni un anarquista al estilo de los luchadores de las barricadas de la Comuna de París. Lo que sí queda claro es que su alianza con los campesinos era vista como muy peligrosa, sobre todo desde un punto de vista militar. En otra proclama de Iglesias, esta vez de septiembre de 1885, Cáceres y sus fuerzas aparecían calificados como: “...enemigos de la paz pública, de la reconstitución nacional, de la propiedad, de la libertad y de la civilización”. Probablemente, este fue el contexto de la difusión de un famoso grabado de propaganda de la época, que oponía una imagen constructiva y benefactora de Iglesias frente a un Cáceres con rasgos siniestros, inspirado por fuerzas demoníacas.

No viene al caso hacer aquí una revisión de todos los episodios de ese complejo proceso de la guerra civil que se extendió hasta diciembre de 1885. Veamos simplemente cómo retrata su parte final un observador alemán de la época, distante de las pasiones que entonces enfrentaban a “colorados” caceristas y “azules” iglesistas. Me refiero al científico alemán E.W. Middendorf, que entonces era testigo de la vida política del país:

³⁴ Iglesias, Miguel. Manifiesto del Presidente Provisorio de la República [del 13 de julio de 1885]. Lima, Imprenta del Estado, calle de la Rifa núm. 58, 1885, p. 8 y siguientes.

“En realidad, la desigualdad entre las dos partes en pugna era muy grande. Iglesias tenía 6 mil hombres bien armados, bien vestidos, ejercitados, alimentados y pagados; disponía de todos los recursos del Estado, además era apoyado por Chile con dinero, armas y municiones y disponía libremente de barcos y de ferrocarriles. En cambio, Cáceres apenas tenía 3 mil hombres, y sus armas, sólo en parte eran buenas [...] Pero entre las tropas de ambos rivales existía una desigualdad de otro género, y esta vez el resultado de la comparación favorecía a los últimos. Los efectivos del General Iglesias eran mercenarios bien pagados, y sin embargo, no sentían ninguna simpatía ni respeto por quien les pagaba, sus oficiales eran gente que sólo había entrado al servicio para recibir el sueldo, pero no para exponer la vida. Los soldados del General Cáceres, en cambio, luchaban realmente por un principio patriótico, lo que rara vez ha ocurrido en la historia de las guerras civiles peruanas. Además, eran completamente adictos a su jefe. Cáceres ejercía sobre su gente un poder mágico, compartía sus pesadumbres, así como sus miserables ranchos. Conocía a cada uno de ellos y como hijo también de la Sierra, hablaba con ellos en su propio idioma, de manera que los indios sentían por él una abnegada devoción, como en los antiguos tiempos la habían sentido por sus reyes, los Incas.”³⁵

Luego de muchos episodios y de la famosa “huaripampeada”, Cáceres terminó cruzando la cordillera en una proeza táctica, para después atacar Lima. Venció a su rival en la propia capital con su infantería india que usaba quepís rojos. El 1 de diciembre de 1885 escribió una elegante carta a Iglesias en la que, de manera sorprendente, pese a estar sus fuerzas en posición victoriosa, renovaba una vez más al caudillo cajamarquino su oferta de avenimiento, proponiéndole el nombramiento de comisionados para acordar las bases de un arreglo. Al final le decía: “Tengamos presente que somos peruanos y que los actuales instantes pertenecen a la historia”.³⁶ El arreglo fructificó y dio inicio a un proceso que condujo al fortalecimiento del Partido Constitucional (producto de la alianza de civilistas y militares) y a las elecciones de 1886. Abrumado por la popularidad del guerrero ayacuchano, Piérola se abstuvo de participar en los comicios y prefirió buscar un mejor escenario en el futuro. Cáceres ganó las elecciones y asumió la Presidencia en medio de una fiesta popular.

¿DEBIÓ CÁ CERES MORIR EN HUAMACHUCO?

¿Por qué Jorge Basadre y Manuel González Prada dijeron que Cáceres debió perecer como un grandioso héroe en Huamachuco, al estilo de Grau y de Bolognesi? ¿Por qué la memoria colectiva de los peruanos ha olvidado la apoteósica y a todas luces positiva transición política de 1886, que fue nada menos que el inicio de la Reconstrucción? La respuesta debe buscarse en la pasión política, tan típica del Perú, vale decir, en la actividad de los enemigos políticos de Cáceres.

³⁵ Middendorff, E.W. Perú. Observaciones y estudios del país y sus habitantes durante una permanencia de 25 años. Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima, 1973 [1893], Tomo I, p. 278.

³⁶ Lizares Quiñonez, A. Homenaje al glorioso soldado de La Breña señor don Andrés Avelino Cáceres al conmemorarse el XXXIX aniversario de la batalla de Tarapacá. Lima, Librería e Imprenta Gil, 1918, p. 37.

Parafraseando una expresión de Basadre, el barro arrojado resbaló sobre el granito de la Campaña de la Breña, pero no dejó de cubrir para la posteridad todo el lado valioso del legado político de Cáceres. La respuesta también debe buscarse en el oscurantismo represivo que, lamentablemente, dominó la última parte del Segundo Militarismo, entre 1894 y 1895. Ambos factores terminaron borrando, en la mente colectiva, todo lo bueno que hizo el Cáceres político, sobre todo en su primer gobierno de 1886 a 1890.

No obstante, a la luz de una revisión desapasionada y rigurosa de las fuentes primarias, y precisamente al revés de lo que se ha dicho en la historia tradicional, la salvación de Cáceres en la batalla de Huamachuco, a uña de su célebre caballo El Elegante, resultó ser providencial. En verdad, la fortuna, en un sentido clásico, estuvo del lado del Perú cuando permitió que un líder tan carismático y bien intencionado tuviera un rol protagónico en la compleja etapa de transición entre el fin de la guerra internacional y la inauguración del primer gobierno de la Reconstrucción. La misma fortuna bien pudo haber hecho que Cáceres pereciera en Huamachuco.

La pregunta que surge es obvia: ¿quién habría podido ocupar su lugar en este caso? ¿Nicolás de Piérola?, ¿Francisco García Calderón?, ¿José María Químper?, ¿Pedro Alejandrino del Solar?, ¿Lizardo Montero? ¿Habría podido surgir un gobierno realmente independiente como el que encabezó Cáceres en 1886, o el Perú habría estado condenado por muchos años a un régimen como el de Iglesias, que tenía obvios lazos de dependencia con el chileno? No son preguntas que nos planteemos recién como historiadores. Ellas fueron hechas por los propios protagonistas en los años sombríos de la posguerra.

Desde el ángulo en que se viera el problema, y siguiendo diferentes razones que iban desde el desprestigio en tiempos del conflicto, hasta la falta de carisma y de arraigo popular, es evidente que ninguno de los políticos de primera fila de entonces hubiese podido asumir sobre sus espaldas el titánico esfuerzo de enrumbar al Perú por una senda constructiva, superando, o al menos controlando, las secuelas de desorden social y de pobreza que había dejado la guerra internacional y el conflicto interno en esos siete años pavorosos que corrieron entre 1879 y 1885. La verdad es que, fuera de Cáceres, el Perú era un desierto, políticamente hablando.

En este marco, no cabe duda de que Cáceres tuvo, como figura individual, un peso enorme para dirigir a un desmoralizado país hacia su reconstitución que, además, por diferentes señales, pidió ser encabezado por él. El régimen de Iglesias era impopular y estaba desprestigiado por su asociación con los chilenos y por su autoritarismo. Cáceres no hizo sino ponerse al frente de una lucha legítima contra el régimen de Montán. Cuando vivía en Lima como ciudadano común y corriente, luego de su triunfo contra Iglesias y de su propia prevista auto separación de la presidencia en diciembre de 1885, Cáceres era homenajeado con la misma calidez por artesanos que llegaban a su casa a estrecharle la mano³⁷ y por civilistas que declamaban poesías y hacían brindis en su honor durante suntuosos banquetes, llamándolo Soldado de la Ley.³⁸

37 *Ibíd*em p. 39.

38 Rossel, Ricardo. *El Kepi rojo. Patriótica y elegante poesía de don Ricardo Rossel*. Lima, Imprenta de Torres Aguirre, 1885.

El Cáceres que recibió emocionado la banda presidencial un 3 de junio de 1886 es producto de una colosal fuerza de voluntad y de carácter, así como de un sincero patriotismo, pero también, en gran medida, es una creación colectiva que fue hecha de la vieja “arcilla” republicana de un caudillo militar. La suerte es que, esta vez, como había ocurrido en el caso de Ramón Castilla, era un caudillo patriota, con amplia y moderna visión del futuro y con un prestigio y un aura ganados en el fragor de los combates.

El modelo político que se construyó en esas circunstancias, y que perduró por varios años fue, como, ya se dijo, una alianza entre Cáceres y su ejército, por un lado y, por otro, los civilistas, viejos conocedores de los asuntos económicos y administrativos. Era la única asociación viable en ese momento. Con el paso de los años, esta unión dio al país paz interna y el alivio financiero que representó el combatido Contrato Grace, rocas ambas sobre las cuales se fundamentó la prosperidad de la República Aristocrática (1895-1919). Estos aciertos, reconocidos con el paso del tiempo, no quitan que el Cáceres político, sobre todo el que llegó a ser líder autoritario a mediados de la década de 1890, haya tenido también traspies y estrepitosas caídas.

En todo caso, limitándonos al período bajo estudio, es evidente que Cáceres fue, en 1886, el héroe popular, brillante y limpio, emergido de la guerra civil, que enrumbo conscientemente a un país confundido y devastado luego de siete años de convulsiones. Fue una suerte para el Perú que al menos ese Cáceres, el político y el soldado del kepis rojo que ingresó a Lima con sus breñeros en diciembre de 1885, rodeado del entusiasmo y de la gratitud de sus compatriotas, no hubiera muerto en Huamachuco.

BIBLIOGRAFÍA

AHUMADA MORENO, Pascual. Guerra del Pacífico. Recopilación completa de todos los documentos oficiales, correspondencias y demás publicaciones referentes a la guerra que ha dado a luz la prensa de Chile, Perú y Bolivia, conteniendo documentos inéditos de importancia. Valparaíso, Imprenta y Librería Americana de Federico T. Lathrop. Tomo VI, 1886.

_____. Guerra del Pacífico. Ocho tomos. Recopilación completa de todos los documentos oficiales, correspondencias y demás publicaciones referentes a la guerra que ha dado a luz la prensa de Chile, Perú y Bolivia, conteniendo documentos inéditos de importancia. Imprenta de la Librería del Mercurio de Recaredo S. Tornero, Valparaíso, Tomo VIII, 1891.

BASADRE GROHMANN, Jorge. Historia de la República del Perú. Novena edición. 18 tomos. Lima, Empresa Editora El Comercio S.A., 2005.

BULNES, Gonzalo. Guerra del Pacífico. Santiago de Chile, Editorial del Pacífico S.A., 1955 [1919], Volumen III.

CÁCERES, Andrés A. Memoria que el Jefe Superior, Político y Militar de los departamentos del Centro, general de brigada D. Andrés Avelino Cáceres, presenta al Supremo Gobierno, por el período de tiempo que desempeña ese cargo, que le fue conferido en 25 de abril de 1881. Ayacucho, Imp. del Estado por Julián Pérez, 1883.

CÁCERES, Zoila Aurora. La campaña de La Breña. Memorias del Mariscal del Perú D. Andrés A. Cáceres. Lima, Imprenta Americana, 1921.

- CAVERO, Luis E. Monografía de la Provincia de Huanta. Lima, 1953, Tomo I.
- COMISIÓN PERMANENTE DE HISTORIA DEL EJÉRCITO DEL PERÚ. Lima, Cáceres: conductor nacional, 1984.
- GUERRA MARTINIÈRE, Margarita. Cáceres Político. En: Enseñanza de la Historia, Nro. 13, Lima, Instituto Riva-Agüero 1988, pp. 11 y s.
- GUERRA MARTINIÈRE, Margarita (ed.) Sobre el Perú. Homenaje a José Agustín de la Puente Candamo. Lima, Facultad de Letras y Ciencias Humanas /Fondo Editorial de la PUC [Pontificia Universidad Católica del Perú], 2002, Tomo I.
- GUZMÁN PALOMINO, Luis. Cáceres y La Breña. Compendio Histórico y Colección Documental. Orden de la Legión Mariscal Cáceres y Universidad Alas Peruanas, Lima, 2000.
- IGLESIAS, Miguel. Manifiesto del Presidente Provisorio de la República [del 13 de julio de 1885]. Imprenta del Estado, calle de la Rifa núm. 58, Lima, 1885.
- LIZARES QUIÑONEZ, A. Homenaje al glorioso soldado de La Breña señor don Andrés Avelino Cáceres al conmemorarse el XXXIX aniversario de la batalla de Tarapacá. Lima, Librería e Imprenta Gil, 1918.
- MATTO DE TURNER, Clorinda. General Andrés Avelino Cáceres. En: Bocetos al lápiz de americanos célebres. Lima, Peter Bacigalupi y Cía., 1889 [1884], tomo 1.
- MIDDENDORF, E.W. Perú. Observaciones y estudios del país y sus habitantes durante una permanencia de 25 años. Lima, UNMSM [Universidad Nacional Mayor de San Marcos], 1973 [1893], Tomo I.
- MIRÓ QUESADA SOSA, Aurelio. El Comercio en la Guerra del Pacífico. En: Revista Histórica, tomo XXXII, Lima-Perú, 1979-1980, pp. 149-171.
- NIETO VÉLEZ S.J., Armando. Vicisitudes del gobierno provisional de Arequipa (1882-1883). En: Revista Histórica, Lima, 1979-1980, Tomo XXXII, pp. 99-147.
- PEREYRA PLASENCIA, Hugo. Andrés A. Cáceres y la Campaña de la Breña (1882-1883). Lima, Asamblea Nacional de Rectores, diciembre de 2006.
- PUENTE CANDAMO, José Agustín de la. El estudio del Perú en Basadre. En: Acta Herediana, Lima, abril-septiembre de 2003, volumen 33, pp. 20-29.
- ROSSEL, Ricardo. El kepi rojo, patriótica y elegante poesía. Lima, Imprenta de Torres Aguirre, 1885.
- STONE, Lawrence. El pasado y el presente. México, Fondo de Cultura Económica, 1986.
- TAURO DEL PINO, Alberto. Breve biografía del mariscal Andrés. A. Cáceres. En: Revista Histórica, Lima, 1981-1982, Tomo XXXIII, pp. 45-77.
- VARIOS (entre los que se incluyen a Emilio Gutiérrez de Quintanilla, Aurora Cáceres, Ricardo Rossel y Carlos G. Amézaga). Al ilustre y benemérito señor general D. Andrés A. Cáceres en el aniversario de la batalla de Tarapacá. Sus admiradores. ¿Lima? 1916.
- WU BRADING, Celia. Testimonios británicos de la ocupación chilena de Lima. Lima, Milla Batres, 1986.

Hugo Pereyra Plasencia, Ministro en el servicio Diplomático del Perú, ha cursado estudios en la Academia Diplomática del Perú, es licenciado y magíster en Historia por la Pontificia Universidad Católica del Perú. Además de su trabajo en la Dirección de Estudios y Análisis de la Política Exterior de nuestra Cancillería, se desempeña como profesor de la Pontificia Universidad Católica del Perú, en la Universidad Pacífico y en la Universidad San Ignacio de Loyola. Como historiador se ha especializado en los aspectos internacionales del siglo XIX peruano y ha publicado, entre otras obra: *Andrés Avelino Cáceres y la campaña de la Breña* (2006), *Manuel Gonzáles Prada y el radicalismo peruano* (2009) y *Trabajos sobre la Guerra del Pacífico y otros estudios de Historia e Historiografía peruanas* (2010). En el 2013 fue incorporado a como miembro de número de la Academia Nacional de Historia.